



ENSAYO

## Enrique Vila-Matas: *Laudatio*

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ-MICHAEL

**E**ntre los orgullos que un crítico literario puede darse el lujo de disfrutar está el ver confirmada, en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, una ya lejana apuesta entusiasta por un escritor del otro lado del Atlántico que cuando publicó *Historia abreviada de la literatura portátil*, en 1985, tenía 37 años contra mis 23 de aquel entonces, que cumplí, casualmente, en Barcelona, donde Enrique Vila-Matas nació en 1948. Me hospedaba no lejos de la mítica Travessera de Dalt donde él vivió tantos años.

No podría ser Enrique mi padre, él, recalcitrante hijo sin hijos, a quien, sin embargo, he sorprendido, reciente e inesperadamente, llamando “mis hijas” a

sus novelas. Hijas tuyas a las que sólo faltan, tras este Premio FIL de Literatura en Lenguas Romanes, dos premios internacionales más para completar la página laudatoria de su biografía. Enrique tampoco podía ser, siendo sinceros, hermano mío: nos falta la familiaridad, esa atmósfera común, en su caso rancia y sepia, como la Barcelona de los tempranos años cincuenta bajo el dominio del Generalísimo y de la cual viene su pasión por los sombreros de ala ancha, visible en *Impostura* (1984), la novela en la que abandona su prehistoria, inaugurada con un magnífico arrebató de artista adolescente, “En un lugar solitario”, texto que hasta no ser convocado a esta sesión no había leído yo. Es una antikafkiana carta al padre en la que se anuncia la materia central de la más reciente de sus novelas, *Kassel no invita a la lógica* (2014): para sobrevivir, el espíritu de la vanguardia debe negarse a sí mismo,

confundiéndose con la vida y llevando si acaso una existencia secreta, que no otra cosa fue lo que André Breton pidió a Octavio Paz en una caminata por Les Halles, poco antes de morir. Ese mismo Paz (ambos, él y Enrique, nacieron un 31 de marzo) festejó en Vila-Matas la reivindicación de Valery Larbaud, nota insólita, según el poeta, en la España democrática, colmada, como es propio de las sociedades tras las dictaduras, de realismo vengador en la literatura y de alegría comercial en la edición. Mucho tiempo después, un Maurice Nadeau, decano de los críticos literarios del mundo, a sus ciento y pico de años, mandaba correos electrónicos donde se felicitaba de haber empezado su carrera descubriendo a Albert Camus y de terminarla leyendo a Vila-Matas.

El escritor hoy premiado en Guadalajara se ha distinguido por no haber confundido nunca a la li-

*Éste es el texto con el que Christopher Domínguez-Michael presentó a Enrique Vila-Matas, ganador del Premio FIL en Lenguas Romances, en la ceremonia de inauguración de la feria de Guadalajara en noviembre de 2015. Con una fina mezcla de cariño y rigor, el crítico mexicano esboza la estirpe artística del galardonado, comenta sus obras mayores e indica algunas claves de su amistad a la manera inglesa.*

teratura con la edición, como tantos de nuestros colegas. Su popularidad, en la perspectiva de los treinta años que llevo leyéndolo, es tan rara como la alcanzada por Borges después de haber compartido con Beckett el Premio Internacional Formentor en 1961: la de un “escritor para escritores” que deja de serlo al convertir a sus propios lectores en parte de su literatura. El genio, ya se sabe, se apodera de todo, con legitimidad y sin ella. Cuando pienso en *Hijos sin hijos*, en *Bartleby y Compañía*, en *El mal de Montano*, en *París no se acaba nunca* o en *Doctor Pasavento*, para citar sus libros mayores en mi opinión, se me ocurre que para muchos (yo mismo entre ellos) leer a Vila-Matas fue confirmar una filiación que si hoy es canónica no lo era del todo antes de él. Su Kafka equilibrista nada tiene que ver con el apesadumbrado ser que dibujaron en blanco y negro los marxistas y los psicoanalistas (aunque el suyo acaso sea un poco deleuziano), mientras que Vila-Matas mismo pareciera haber sido profetizado por Robert Walser en alguno de sus microgramas. Y otro Maurice, Blanchot, gracias a él, dejó de ser aquel “pirómano en pantuflas” aborrecido no sin cierta razón por los adversarios del logocidio, para convertirse en un monstruo tierno.

Vila-Matas, que quede claro, es un escritor para quienes, sean pocos o sean muchos, tienen tiempo para leer. Es decir, un escritor para leerlo no sólo a él, sino a la vasta literatura de la que su obra es una apología en el sentido primigenio del término. No sólo los ya citados (subrayo a Borges y a Beckett), sino a muchos otros: Josep Pla, Rimbaud, Carlos Díaz Dufoo hijo, Fernando Pessoa, Mario Bellatin, Herman Melville, Roberto Bolaño (su contemporáneo capital a quien reconoció sin atisbo alguno de envidia), Witold Gombrowicz, Julien Gracq, Sergio Pitol, Lichtenberg y Juan Villoro: quizá fue gracias a mí que conoció a los dos últimos aunque ignoro el orden de precedencia.

Vila-Matas es de los pocos autores a los cuales es casi imposible reducir a las dicotomías habituales, hijas de la pereza aunque a veces irreductibles. No es apolíneo ni dionisiaco, ni clásico ni romántico. Lo suyo, sin duda, son las obras portátiles. Supongo que prefiere al Gogol de los cuentos de San Petersburgo frente a las multitudes dostoiévskianas repudiadas por Borges; quizá nunca ha citado *La guerra y la paz*, aunque podría hacerlo en cualquier momento, y no es un publicista de la obra de Thomas Mann pero siempre habrá en él un detalle a descubrir que lo conmueva: la madre brasileña que consideraba esencial en su obra o su nuca rasurada sin mácula. La literatura de Vila-Matas es juego pero nunca ha sido propiamente experimental, salvo en sus primeros balbuceos. Vila-Matas no inventa reglas sino estudia casi teatralmente todas las posibilidades narrativas del escritor moderno como personaje, desde el escritor que no escribe hasta quien ostenta la paradoja de que el éxito es un fracaso, como dijo Scott Fitzgerald. La de Vila-Matas es la autobiografía de todo mundo, como la que Gertrude Stein dejó inconclusa por fuerza.

Vila-Matas es melancólico sin ser pesimista; sus historias de amor a menudo son fantásticas, como lo es Paula de Parma, la dedicataria de todos sus libros. Le falta solemnidad para ser romántico y no lo imagino como clásico pontificando en las sedes de Ferney o de Weimar; lo suyo son las estaciones de trenes, las maletas olvidadas, los aeropuertos, las conspiraciones, las habitaciones de hotel, los dobles y los espías, el *macguffin*. A don Luis Buñuel, por cierto, le hacía gracia que en el viejo cine mexicano se creyese que los así llamados *patos* eran nuestros *macguffin*. El suicidio lo tienta como un problema más propio de la novela policiaca que del drama existencial o de la comedia psicológica, si bien su emoción ante el abrazo de Nietzsche a un caballo en Turín deja ver un temperamento romántico defendiéndose de las lágrimas con ironía. Pienso también en su intención de abrazar a Rimbaud en el instante de un sollozo, como se lo propone en *Ma-*

*rienbad eléctrico* de 2015, su breve y contundente poética a modo de relato. Hay un momento de su obra, a mediados de los años noventa, en que parecía que su dominio original, el cuento, le impedía transformarse en novelista y publicó entonces un par de libros dubitativos, propios de la confusión ante ese cruce de caminos.

Sería impreciso también reclutarlo entre los híbridos, con perdón de los profesores. Sin duda, el pasado fin de siglo y los primeros años del XXI han difuminado un tanto las fronteras entre el ensayo y la ficción. Pero aun siendo la literatura la materia de su literatura, Vila-Matas no necesita darnos gato por liebre. Ensayista, confía en que sus buenos lectores saben bien cuándo está hablando de Rimbaud el hijo, como diría Pierre Michon, y cuándo está inventado un Rimbaud propio para hacerlo ingresar en su compañía, como lo hace en *Marienbad eléctrico*. Autorreferencial lo es y mucho: su obra es una autoficción, novedosa y vivaz como la segunda parte del *Quijote*.

Conocí en persona a Vila-Matas en 1991. Un año después regresó a Coyoacán y fuimos juntos a la Plaza de Santa Catarina a escuchar un recital de Octavio Paz. Somos amigos a la manera supuestamente inglesa: amigos de aquí y de allá, aunque yo lo asocio, por comodidad topográfica, a una banca de parque cercana a mi domicilio en la Plaza de la Conchita, a espaldas de la casa donde vivía Sergio Pitol, el mexicano que lo tonsuró escritor en Varsovia en 1973. Otras veces nos hemos encontrado en Barcelona o en Guadalajara y a veces hasta no nos hemos encontrado, como ocurrió en Dublín, una más de las ciudades que él colecciona (Lisboa, Chicago, Bérgamo, Xalapa). Hemos pasado juntos algunas horas, primero bebiendo tragos espirituosos y luego refrescos o café; nuestra amistad es inglesa porque hablamos poco y nos queremos mucho. Mi opinión le fue interesante en un momento de quebranto; y su presencia fue capital para mí en una fecha precisa de mi vida, aunque él no lo sabe o, si lo sabe, se lo guarda.

Atesoramos el silencio como otros la conversación. Nunca hemos hablado de política, acaso porque somos criptotrotskistas de obediencias distintas y hasta enemigas, como lo sospeché cuando visitamos juntos la casa de Lev Davidóvich Bronstein en la calle de Viena en Coyoacán. No hemos intercambiado favores; me ha bastado ejercer el gesto de admiración hacia él, que es la devoción principal del crítico aunque no sea la más reconocida. Y él es uno de los pocos escritores que, habiendo yo escrito sobre su obra, ha creído pertinente escribir sobre alguno de mis libros.

Como los chinos, hemos visto crecer la hierba, pasar a un perro, caer alguna tarde, como aquella no muy distante, cuando le demostré que en ninguna otra parte del mundo atardece tan lentamente como en la Ciudad de México, tal como lo percibió Bolaño para sorpresa de los distraídos chilangos. Guadalupe Nettel, que estaba allí, no me dejará mentir. Yo soy hijo de un psiquiatra, que de niño lo acompañaba en sus rondines hospitalarios entre los entonces llamados neurasténicos y maniaco-depresivos. El manicomio es uno de los lugares, a la vez comunes y espectrales, donde habitan los personajes predilectos de Vila-Matas. Él mismo pasó por uno de esos hospitales, como lo cuenta en la instructiva introducción a *En un lugar solitario. Narrativa breve, 1973-1984*; yo pasé por otro, por dipsómano, aunque tampoco hemos hablado de ello. Vila-Matas, espejito, desconfía del doctor Johnson porque hablaba demasiado, sabiendo que su biógrafo Boswell ignoraba el arte de la taquigrafía.

Hoy se premia en Guadalajara a Enrique Vila-Matas, el prosista más creativo, lúdico y veloz que ha tenido la lengua española desde Ramón Gómez de la Serna, quien está, desde luego, entre sus dioses del hogar. RAMÓN, con mayúsculas, volaba y se perdía en el cielo como el globo del cortometraje *Le ballon rouge* (1956), mirado tantas veces como se podía en aquellos tiempos rústicos de mi infancia. Sal-

vo el globo rojo, todo estaba en blanco y negro en aquel *París que no se acaba nunca*, según Enrique, quien en cambio, como Robert Walser, camina sobre la nieve. Nunca va al cine, pero va. Nunca va al teatro, pero va, como lo prueba *Aires de Dylan* (2014). Busca bosques y descubre Atlántidas futuristas o instalaciones arqueológicas. Es un mago que va rindiendo visita a sus lectores, quienes a veces acabamos por ser sus personajes. No es extraño, dijo Pitol a Vila-Matas, que tu obra guste en América Latina pues es, como ésta, excéntrica y heterodoxa, con un pie fuera del canon y el otro hundido, por nacimiento, en la tradición moderna.

Dada la actual situación política catalana, tomé la precaución de preguntar a Enrique cómo quería que lo nombrase aquí ante ustedes: peninsular, español o catalán. Me respondió, tal cual lo esperaba, que barcelonés. Tengo por costumbre imaginarme a Vila-Matas antes de conocerlo, espiándolo yo a él, durante mi primera visita a su ciudad, en 1981, cuando las Ramblas eran para caminar hasta un mar simulado, de utilería, y la catedral de Gaudí, “un lugar solitario”, como diría Enrique, todo ello antes de la catástrofe olímpica que borró al Barrio Chino y otras maravillas. Hoy quisiera ver en Vila-Matas a un símbolo de la universalidad de Barcelona, a una garantía del cosmopolitismo hoy vacilante de aquella ciudad que es, como Enrique mismo, tan paradójicamente latina y americana.

En aquellas ramblas, paraje entonces repleto de locos (y un loco es por definición lo contrario de un turista), poco después del Tejerazo, imagino a un Vila-Matas ya en calidad de observador de pájaros raros, escribiendo fragmentos mentales, reteniendo detalles insignificantes que le permiten transformar cosas en seres y viceversa, afilando el punto de precisión de su cayado de mago. Todo lo que Vila-Matas toca es literatura. Yo ignoro aun, y por ello he de seguir leyéndolo, qué clase de rey será para la posteridad pero asumo que me hice escritor durante su soberanía, libre y trascendente, sobre la imaginación novelesca de toda una generación.

En los días pasados una periodista atolondrada me preguntó si yo había “descubierto” a Vila-Matas en México. No, no hubo una escena en que, tras larga y peligrosa búsqueda, lo encontrara yo en el lago de Chapala e, injertado en Henry Morton Stanley, le preguntase: “Dr. Vila-Matas, ¿presume?”

La verdad es acaso tan novelesca como el mundo de los exploradores del África Negra, fascinantes para Raymond Roussel y para Enrique mismo, pues él y yo entramos en contacto mediante el remotísimo medio del papel, la tinta, el sobre y el timbre. Eso fue antes de la caída del muro de Berlín. Mi carta de admiración iba adjunta, creo recordar, a mi primer artículo sobre él y la contestó de inmediato. Fue, junto con el ecuatoriano Leonardo Valencia, vecino suyo en Barcelona, mi último amigo por correspondencia a la antigua usanza y el primero con el que crucé correos electrónicos, aunque ambos posamos un rato de neófobos o misoneístas y fracasamos. Entrado el nuevo siglo la red parece que fue inventada para los *shandys*, la familia cuya protección Laurence Sterne encargó a Vila-Matas. *Modernist* en el sentido anglosajón pero a la francesa, como Paul Morand, Enrique Vila-Matas es paciente y espera horas, días, años, a que su presa caiga en la trampa, se ponga en el blanco o sea “encantada” por su magia. No hay cosa en nuestro tiempo que le deje de interesar y por ello, en *Kassel no invita a la lógica*, su novela más reciente, al observar el Arte Contemporáneo también se divierte con él pues su obra es de las pocas que mira al presente con animación y apetito y sin miedo, seguro de que el verdadero misterio sigue allí, en la fijeza de la letra impresa y de su lectura a través del libro. ◀

*Christopher Domínguez Michael es crítico literario, miembro del comité de literatura del Fondo de Cultura Económica. Su obra más reciente es Octavio Paz en su siglo.*